



# La Martí se va de casa

Aurelio Sanz de la Torre

Como “la Callas”, como “la Loren”, como la propia “Espert”, como todas las grandes divas del espectáculo, a Elena Martí todo el mundo en Barcelona la conocía por su apellido.

La Martí era una de esas mujeres con una simpatía arrolladora, capaces de vender una nevera a un esquimal si se lo proponía o de convencer a un calvo de que tenía pelo.

No en vano llevaba muchos años trabajando cara al público, primero como chica para todo

en una pollería y luego al frente de su propio puesto en el populoso Mercat del Ninot.

Su vida no había sido fácil, a pesar de tener en principio todo a favor para que sí lo fuera. Hija única de un matrimonio de payeses del Priorat, la Martí tenía su futuro asegurado entre viñedos y campos de almendros, pero cometió un error, un único error que pagó muy caro el resto de su vida.

Con sólo 16 años se escapó de casa con un artista que llegó a Falset para pintar la iglesia y esa fue para ella una huida sin retorno, ya que

sus padres se negaron a recibirla de nuevo, ni siquiera cuando el pintor la abandonó con dos hijos pequeños.

Para la Martí, los años 70 fueron muy duros. Con poco más de dos décadas a sus espaldas, trabajaba de la mañana a la noche para sacar adelante a su familia.

Primero empezó haciendo unas horas en la pollería del mercado, mientras los niños estaban en la escuela, pero a medida que los críos iban creciendo, la Martí aumentaba también su horario de trabajo hasta que llegó un día en que ya pasaba más horas frente al mostrador que los propios dueños de la tienda.

En aquellos años, su vida giraba en torno a la pollería y a sus hijos. Cuando no estaba en casa, estaba trabajando y cuando no trabajaba, aprovechaba para hacer las tareas propias del hogar.

“Nena, tú vales mucho”, se decía la Martí cada mañana antes de salir de casa. Sabía que un día u otro aquella mala vida iba a acabar, pero lo cierto es que su situación no mejoraba mucho de año en año.

Sin embargo, todo se precipitó un domingo a la salida de misa. La señora Montse, aquella que le había dado su primer trabajo y con la que había aprendido todo lo que sabía de pollos y huevos, decidió morir justo delante de la catedral de Barcelona, en las escalinatas que dan acceso al templo.

Pero antes de dejar este mundo para siempre, la señora Montse agarró a su marido por la solapa del traje y cuando todo el mundo allí reunido pensaba que iba a decirle algo cariñoso, personal, a modo de despedida, le dijo seis palabras que más que un mensaje eran todo un testamento: “El puesto es de la Martí”.

A pesar de que lo intentaron durante meses y meses, el marido y los hijos de la señora Montse no pudieron hacer nada para incumplir la última voluntad de su madre, pues entre los muchos vecinos de la ciudad que habían visto morir en directo a la ilustre pollera del Mercat del Ninot tras la misa del domingo, se encontraba el notario de la familia, hombre incorruptible

que, además de haber escuchado las últimas palabras de la moribunda, tenía en su poder un documento manuscrito en el que la susodicha dejaba en propiedad la pollería a la que ella consideraba su hija adoptiva.

En poco tiempo, la tristeza por la muerte de la señora Montse dejó paso en el corazón de la Martí a una sensación de euforia y satisfacción por tener en sus manos un negocio propio.

Ella conocía el oficio mejor que nadie y el cambio de dueño sólo había supuesto pequeños ajustes en horarios y en contactos con los proveedores.

Cuando llegó la primavera, la Martí ya se había hecho totalmente con el negocio y además había prescindido de cualquier ayuda externa, una vez rotas las relaciones con el viudo y los hijos de su antigua jefa.

Los días transcurrían para ella sin grandes sobresaltos, acudiendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, donde sus hijos la esperaban para que siguiera trabajando, especialmente los fines de semana.

Hacía muchos, muchos años que la Martí no se permitía un día de descanso; ni siquiera una tarde para salir al cine, a pasear por el paseo marítimo o la Barceloneta en los meses del verano.

Un lunes, cuando volvía de otro de sus azarosos fines de semana, la Martí se fijó en un hombre, algo que no hacía muy a menudo, que estaba varado como un barco viejo, junto a la puerta del mercado junto a una gran maleta azul.

La visión de este hombre le robó media hora de sus pensamientos, pero tras la apertura de los puestos ya no se volvió a acordar más de él hasta la mañana siguiente, cuando volvió al trabajo y lo encontró allí de nuevo.

Aquella segunda vez, el hombre de la maleta ya ocupó buena parte de sus pensamientos durante toda la mañana y la curiosidad que su presencia le provocaba la llevó al día siguiente a iniciar una campaña de espionaje en toda regla. Primero adelantó su hora de llegada para ver si el hombre dormía en la calle o si venía al comenzar el día; después empezó por salir de vez

en cuando a la calle, dejando el puesto solo, para comprobar si él seguía allí y por último inició una ronda de consultas a todos los vecinos de los puestos por si sabían algo que ella ignorase.

Pero lo cierto es que, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo obtener información alguna. Nadie sabía nada de aquel pobre hombre, que había aparecido repentinamente frente al mercado con una maleta azul.

Cada mañana, en torno a las ocho, el hombre aparecía con su maleta y se sentaba frente al mercado. De la maleta extraía, con cuidado extremo, un cuaderno de dibujo y una caja de lápices y se ponía a pintar horas y horas.

Debía de tener ya por encima de los sesenta años, y su pelo era canoso y lacio, aunque no parecía descuidado.

Al verle pasar día tras día dibujando al carboncillo, la mayor parte de la gente que lo veía pensaba que estaba loco, si bien nadie había cruzado con él dos palabras seguidas.

Todos se preguntaban qué hacía allí y, sobre todo, qué hacía con los dibujos.

Dos semanas o más después de que apareciera y en vista de que nadie le daba información sobre él, la Martí se decidió a abordarlo.

Como llegaba mucho antes de que abrieran el resto de los puestos, la Martí cambió un día de acera y se fue directa a donde estaba el hombre.

–Bon día –le dijo ella desplegando una sonrisa capaz de desarmar a un regimiento.

–Buenos días –le respondió él, muy seco, en perfecto castellano.

–¿Es usted pintor?

–No.

–Lo digo porque llevo viéndole muchos días aquí, pintando.

–Yo también la he visto a usted, entrando cada día al mercado.

–¿Ah, sí? Dice usted que me ha visto... Es que yo trabajo, sabe usted. Tengo un puesto en el mercado. Una pollería.

–Ya lo sabía –respondió el hombre sin dejar de mirar su bloc de dibujo.

–¿Ah, sí? Pues sabe usted mucho de mí y yo no sé nada de usted.

–No hay mucho que saber –respondió él lacónico.

Aunque a la Martí nunca le faltaban las palabras, se quedó muda y sin capacidad de reaccionar. Había algo en aquel hombre que le resultaba familiar, algo que le atraía sin saber muy bien por qué.

Aquella primera conversación no dio para más. Muy digna, la Martí se dio media vuelta y volvió a entrar en el mercado.

Pasaron días sin que ella y el hombre de la maleta volvieran a cruzar palabra, aunque se veían cada día tanto al entrar como al salir del trabajo.

Es sabido que la curiosidad mató al gato y a la Martí, ese excesivo interés por el hombre que pintaba junto a una maleta azul también la estaba matando, por lo que al cuarto día volvió a la carga.

Ni corta ni perezosa, tras cerrar la pollería al mediodía se plantó al lado del pintor, se sentó en el suelo y se quedó callada. El hombre la miró atónito, siguió pintando y al cabo de media hora le preguntó:

–¿Vas a quedarte ahí sentada toda la tarde?

–Es algo que a ti no debería importarte –respondió ella.

–Te lo digo por si quieres ir a comer, porque yo me marchó ya.

–¿Me estás invitando a comer? –dijo ella desplegando la mejor de sus sonrisas.

–Tómalo como quieras –remató el hombre recogiendo su cuaderno de dibujo y sus lápices al tiempo que se levantaba de su silla plegable haciendo ademán de salir.

La Martí se levantó también y, sin decir palabra, se colocó al lado del hombre de la maleta y se dispuso a seguirle.

Hombre, mujer y maleta avanzaron por la calle hasta llegar a un pequeño restaurante de comida casera donde él era muy conocido. Se sentaron a la mesa, pidieron y comieron en medio del bullicio generado por los albañiles y comerciantes que abarrotaban la sala.

Aunque no se conocían, entre ellos había química. Se notaba en sus miradas, en sus conversaciones, en la forma de reírse y en sus gestos, que a medida que la velada discurría se iban tornando más y más cómplices.

Después de la primera comida vino una cena, y después otra comida, y un cine y un teatro y una noche de baile que terminó en la habitación de la Martí, aprovechando que sus hijos no estaban en casa.

La complicidad entre los dos era patente y los vecinos de la Martí, tanto de casa como de puesto, hacían apuestas sobre cuando los dos amantes pasarían a ser pareja estable.

Un día, el hombre de la maleta bebió más de la cuenta en la cena. Habitualmente era la Martí quien llevaba la voz cantante en sus conversaciones, pero ese día él no dejaba de hablar y de soñar despierto.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó de pronto.

—¿Nos vamos a dónde? —respondió la Martí extrañada—.

—De aquí, de esta ciudad, de esta vida...

—¡Pero si yo no he estado nunca en otro sitio! Bueno, si descontamos los 16 años que pasé en mi pueblo...

—Pues ya va siendo hora de que te muevas. El trabajo no te hace falta para comer, tienes a tus dos hijos criados, sanos e independientes. No tienes nada que te ate a este lugar y a esta vida.

—Pero es mi vida, es mi destino... —protestó ella resignada.

—Cada uno se labra su propio destino —sentenció él mirando fijamente a la Martí, que en aquellos momentos no sabía si llorar o reír.

Pasaron un buen rato mirándose a los ojos, con las manos entrelazadas sobre la mesa, hasta que por fin la Martí volvió en sí, soltó sus manos y golpeando sobre la tabla con los dos puños cerrados gritó:

—¡Estoy harta! Harta de mi vida, de la pollería, de trabajar todos los días desde hace más de cuarenta años... Harta de no haber hecho lo que quería, de no haber salido de aquí, de no haber visto mundo... ¿Sabes qué? ¡Que me marchó! ¡Que lo dejo todo! Mis hijos ya son

mayores; se pueden hacer cargo de la pollería si quieren y si no, que la alquilen.

Las siguientes semanas la Martí estuvo más activa que nunca y consiguió dejarlo todo organizado para poder marcharse.

Sacaron unos billetes de AVE hasta Madrid, desde donde cogerían un avión hacia un destino cualquiera, lejos de todo lo que hasta ahora habían conocido.

De camino a la moderna estación de Sants, la Martí no dejaba de pensar en el equipaje.

—¿Pero también te vas a llevar esa vieja maleta de madera? —preguntó por fin—.

—Por supuesto. Esa maleta no se ha separado de mi en los últimos cuarenta años. Es un regalo de mi padre y está llena de todo lo que no viví.

—¿Que está llena de lo que no viviste? ¿Pero qué llevas en la maleta?

—No te lo puedo decir.

—Pues empezamos bien el viaje. Si antes de empezar ya estamos con secretos, no sé cómo va a ser esto cuando llevemos varios días fuera.

La Martí estaba enfadada, muy enfadada. En el trayecto en taxi que les llevaba a la estación de trenes, le dio tiempo a pensar en su relación, en la decisión de dejarlo todo y empezar una vida nueva y en que quizás se había precipitado.

Cuando el taxi llegó por fin a la estación del AVE, ambos se apearon. Él fue directo hacia el maletero y empezó a bajar el equipaje, dejando para el final su maleta azul. Sin cruzar palabra, la Martí echó a andar hacia la puerta, ensimismada en sus pensamientos, sin preocuparse de si él la seguía o no. Al cabo de unos minutos, instintivamente volvió la cabeza y vio cómo él seguía parado en el mismo lugar en el que los dejó el taxi.

—Pero, ¿qué haces ahora? —le gritó enfadada—.

—He decidido dejar aquí mi maleta, pero antes tengo que vaciarla.

La Martí giró sobre sus pasos y volvió al punto de partida. Sentía curiosidad por saber qué contenía esa maleta que siempre había visto pegada al hombre con el que estaba a punto de comenzar una nueva vida.

Se acercó sigilosamente y pudo ver cómo al abrir la caja de madera un montón de hojas de papel salieron volando para perderse entre los matorrales empujadas por el viento. La maleta estaba llena de dibujos y acuarelas, unos más envejecidos que otros, en los que se podían ver imágenes de su casa, del Mercat del Ninot, del colegio donde estudiaron sus hijos y de otros muchos lugares emblemáticos de Barcelona. También había abundantes retratos, principalmente de una mujer y dos niños en diferentes etapas de sus vidas, que se parecían mucho a ella y a sus hijos.

El hombre de la maleta y la Martí se miraron fijamente a los ojos. Él había recogido ya todas las pinturas y dibujos y las llevaba en sus manos. Dudó un momento como si necesitase que alguien le diera su aprobación y finalmente lanzó al viento todo su trabajo.

Con la maleta azul varada en una papelera, la

Martí y el hombre iniciaron juntos el camino hasta la estación. Cogieron sus billetes, pasaron los controles y llegaron al andén minutos antes de la salida puntual del tren. Él subió primero y empezó a colocar el equipaje, mientras la Martí permanecía en el andén sin atreverse a subir.

Las señales sonoras indicaban que el tren estaba a punto de partir y desde la ventanilla del vagón, el hombre hacía señales con la mano para indicar que el tiempo se agotaba.

Miró a un lado y a otro como si se estuviera despidiendo y la Martí se subió al tren con aquel hombre que cada vez le recordaba más a su exmarido.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercat del Ninot (Barcelona)**.